PIEDAD.

(LEYENDA DE NOCHE-BUENA.)

I.

¡Navidad, Navidad!, fiesta de la infancia y de la niñez, dia glorioso de una religion santa; el corazon palpita del más puro entusiasmo al aspirar la regalada poesía que traen consigo tus esperados momentos! Noche de amor y de recuerdos, ¡bendita seas! Solo tú puedes arrancar lágrimas de ternura, así á un corazon insensible y gastado ya, como al que se abre por primera vez á los dulces afectos de la vida; solo tú puedes producir en ellos esos deliciosos y gratos trasportes de regocijo, de veneracion y de cariño que nos recuerdan nuestra primera edad; y solo tú, en fin, puedes inspirar al mismo tiempo en todas las almas sentimientos elevados y piadosos y unirlas con el invisible lazo de una comun adoracion. ¡Cuántos esperan tu llegada para elevar á Dios sus ardientes oraciones, porque ese dia en que es la fiesta de la inocencia todo es amor, misericordia y regocijo en el cielo! ¡Cuántas madres desean los dolores del parto durante tus sagradas horas, para que el inocente fruto de tus amores respire el puro, aromático y bienhechor ambiente de la santa Navidad!

La naturaleza, al acercarse el 24 de Diciembre, derrama con profusion sus más ricos tesoros y se engalana con sus más gallardos atractivos; las montañas se cubren de un manto de blanca nieve, símbolo de pureza, y exhalan salvajes y delicados aromas; el ambiente corre veloz por las llanuras y los valles, sembrando en su camino la animacion y la alegría; las aves dejan la tristeza que en ellas produce el invierno y entonan armoniosos trinos; y por último, hasta parece que es más suave y apacible el rumor de los bosques y el de las cristalinas corrientes. Por do quiera brotan flores, y por do quiera tambien hallamos rostros animados de indefinible contento: en la choza mas humilde y lejana, en la aldea mas apartada y silenciosa, se oyen cantos de alegría y de placer; aquí candorosos niños recorren las huertas en busca de flores silvestres ó de heno para adornar sus *nacimientos*; allá algunos campesinos de corazon sencillo y faz serena elevan enternecidos al cielo sus bendiciones, despues de haber oido de los lábios de un anciano la poética y misteriosa leyenda de Betlen; acullá, finalmente, las alegres músicas lanzan al viento sus acentos entusiastas, llenando de santo alborozo á las muchachas de la aldea. ¡Oh, noche de Navidad: tú que disipas las tormentas del corazon con las ideas de esperanza y de ternura que infundes; tú, la más bella de los tiempos, la que más aman los niños y hermosea la naturaleza, bendita seas!

II.

Reclinada sobre la falda de la montaña, medio ocultas sus casas entre ár-

boles frondosos: así se ostenta mi aldea querida, la cuna de mi infancia y de mis recuerdos. Las aguas que bajan saltando de los vecinos cerros, riegan las cañadas, los extensos platanares, las olorosas huertas cultivadas siempre por honrados labriegos, que las animan con su presencia y las alegran con sus cantos. La iglesia, modesta, limpia y blanca como una paloma de paz, apenas se divisa á lo léjos, escondida como está entre majestuosos tamarindos: tan solo la santa cruz asoma sobre el ramaje de éstos, como para señalar la morada de Dios, refugio del fatigado viajero de la vida; ó como para protejer de los rayos y las tempestades del cielo, el pacífico y honrado caserío que la rodea. Muy cerca del pueblo, á una distancia que casi permite ver el movimiento de los árboles, están las escabrosas montañas y los pintorescos bosques envueltos al aparecer la aurora en el manto de impalpable gasa formado por las nieblas de la montaña; y despues, cubiertas de verdor y teñidas al caer la tarde de un azul suave y purísimo. ¡Oh bellezas de la tierra natal! ¡oh perspectivas del campo que nos vió nacer! siempre venís á la memoria de los que os aman, como mensajeros de sabrosos consuelos, de esos consuelos que halla el corazon sensible en los recuerdos del pasado.

Cuando regresé al hogar de mis padres, despues de seis años de ausencia, las lágrimas que salian de mis ojos me impedian ver distintamente aquellos lugares tan queridos de mi corazon: sentia sobre mi frente las caricias de una brisa perfumada por flores que yo no habia olvidado; y el rumor de las aguas deslizándose sobre las *canales* de las huertas, los cantos, las canciones, formaban á mi derredor un concierto conocido por mí, que me hacia recordar embelesado los dichosos dias de mi inocente infancia. Cuando mis brazos ciñeron el talle de mi madre; cuando los sollozos ahogaban mi voz; cuando mis hermanos me rodeaban esperando cada uno su turno; y mi padre, trémulo de emocion y sin poder dirigirme la palabra, se lanzaba á estrecharme contra su pecho, sentí en mi interior algo como el vértigo de una felicidad inmensa, algo que sacudió mi cuerpo y mi alma con tan violenta rapidez, que me ví libre de las penas, de los temores, de los recuerdos dolorosos que por tanto tiempo me habian atormentado.

III.

La casa en que habitaba mi familia, estaba situada á un lado de la iglesia, en seguida de la que ocupaba el señor cura: un amplio portal ocupaba la parte de afuera, y en la interior estaban, despues de otro pequeño, un poblado jardin y una bien cultivada huerta; sus árboles siempre verdes y frondosos, daban espesa sombra y con sus agradables aromas perfumaban el ambiente. ¡Cuántas veces mis hermanos y yo esperamos á mi padre en aquel portal, de vuelta de sus trabajos del campo, gozosos de poder referirle nuestros triunfos de escuela y dispuestos á disputarnos sus primeras caricias! ¡Cuántas veces tambien, Dios mio, oimos de sus labios sanos consejos, descansando él en la hamaca y rodeándole nosotros; y le hicimos juez de nuestras querellas infantiles! ¡Ay de mí! á mi vuelta no ví repetidas, como en otro tiempo, estas inolvidables escenas: mi padre, anciano ya, habia dejado sus excursiones campestres; y mis hermanos, educados por él en la escuela práctica de sus negocios predilectos, hacian sus veces en ellos, con éxito satisfactorio: á todos los encontraba sosegados y felices.

Solo yo, que habia preferido correr los azares del que se separa del hogar que cobijó su infancia, volvia á él como el hijo pródigo, arrepentido de mi ingratitud, con el desaliento y la tristeza en el alma, con el remordimiento en la conciencia. Queria borrar el recuerdo de mis imprudencias entregándome al trabajo, á los duros afanes del campesino; y me prometia hallar dulcísima recompensa en la satisfaccion que por ello sentiria mi padre, en la inalterable paz de que disfrutaria estando á su lado, al de mi madre y al de mis honrados hermanos. Todos sonrieron al participarles yo mi resolucion: ¡ellos, que sabian el

género de vida que habia llevado, dudaban de que la pudiese cumplir, y tenian razon!

—Olvidan ustedes—les dije algo mortificado por aquella desconfianza que yo bien merecia—que el hastío que siento hácia la vida de ciudad, está atestiguado por las renuncias que voluntariamente he hecho de las nuevas mercedes con que queria detenerme el señor M.** Ademas, hay otras circunstancias, que no es fuerza decir ahora, que me hacen desear vivir aquí; siendo la principal de ellas, mi amor á ustedes, avivado por tanto tiempo de separacion, y no muerto, como me dijeron en una carta.

—Pues es por demas encarecerte, me respondió mi padre conmovido, el regocijo que nos das oyéndote hablar así, y sobre todo, viniéndote á vivir con nosotros. No dudo que cuanto nos has dicho sea la verdad; pero como es difícil que el que está acostumbrado á una vida cómoda y prescinde de ella en un momento de impaciencia, se acostumbre á otra de trabajos, y acaso de privaciones, es de mi deber advertirte que estás en absoluta libertad para elegir las ocupaciones que mejor se avengan á tus costumbres y á tu gusto.

Y sin darme tiempo para responder á sus generosas palabras, agregó:

—¿Quieres ir mañana conmigo al *Cerro?* Allá vive ahora D. Braulio, de quien acaso te acordarás. Se fué del pueblo desde que tuvo la desgracia de perder á su esposa, que esté en el cielo.

—Tenia una hija ¿no?—pregunté á mi madre—creo que estará ya muy grande.

—Sí, se llama Piedad y se ha puesto hermosa. ¿No te acuerdas que todos ustedes jugaban con ella siendo todavía muy niños?

—Sí, sí, lo recuerdo. ¿Pero por qué D. Braulio está allá tan solo? ¿Estará la niña contenta?

—Solo ella lo sabe: la pobrecita, siempre que le hacen esa pregunta, dice que sí; pero yo he notado que cuando viene al pueblo se va muy triste: acaso le pesa dejarlo. Es muy buena niña, muy dócil y amable.

—Si D. Braulio consiente—observó mi padre—se vendrá ella con nosotros y pasará aquí la Noche-Buena.

—¡La Noche-Buena!—exclamé lleno de júbilo. Sí, ya está próxima.

Y sentí mi corazon henchirse de pacífica alegría y de no sé qué suave tristeza al mismo tiempo, ante los dulces recuerdos que esta palabra trajo á mi memoria. ¡Ella me recordaba mi niñez y la de mis hermanos, las fiestas del pueblo y las del hogar de mis padres!.. Pensé en Piedad, la sencilla y hermosa compañera de mis juegos infantiles, y comencé á acariciar desde aquel momento mil ensueños de felicidad para ese dia ya tan esperado.

IV.

Al dia siguiente mi padre y yo nos pusimos en camino para la casa de D. Braulio.

Bella, imponente y majestuosa aparece la naturaleza ante los que de ella han estado alejados por mucho tiempo. Yo, nativo de aquellas montañas, las atravesaba sorprendido y admirado, contemplando con verdadero placer sus espléndidas faldas y su rica y exhuberante vegetacion; los gigantescos árboles, los collados, los misteriosos rumores de aquellas soledades, los fértiles y pintorescos valles que se extendian al pié de escarpados montes; todo recreaba agradablemente mi vista, y me hacia respirar con deleite el aire embalsamado de la montaña. Sentia yo, además, en mi alma un bienestar indecible, tal como jamás lo habia sentido en mis locas diversiones de la ciudad.

Cerca ya del medio dia, empezamos á oir los ladridos de los perros; y la casa de D. Braulio, situada cómodamente en el fondo de una hermosa cañada, apareció á nuestra vista. Llegamos, y fuimos recibidos con franca hospitalidad; mas como el bueno y honrado campesino á quien íbamos á visitar, no me conociese ya, me saludó con cierta frialdad y ceremonias no acostumbradas por él. Mi padre que lo observó, le dijo:

—¡Cómo! ¿no se conocen ustedes? ¿ya no se acuerda usted de Julio, D. Braulio?

—¡Pues qué!—respondió éste con extrañeza—¿es Julio?

—El mismo, para servir á usted—concluí yo bajando del caballo.

—¡Dios santo!.... Pero muchacho, ¿quién te habia de conocer si estás tan *hermoso?* Piedad—continuó nuestro amigo alzando la voz—ven acá y mira quien está aquí. ¿Pero, cuándo vino, dónde ha estado, qué se ha hecho en seis largos años?—agregó despues dirigiéndose á mi padre.

—Llegó hace pocos dias, D. Braulio: lo demás él se lo dirá á usted.

Era D. Braulio un campesino rico, de esos que aman sus montañas y las costumbres en que han sido criados; de vida sencilla y libre de inquietudes, oscura y aislada, pero que ellos prefieren á cualquiera otra, por muchas y deliciosas que sean las comodidades de que en esta pueden disfrutar. Hijo único de unos acomodados montañeses, su juventud se habia deslizado tranquila, libre y feliz en aquellos apartados sitios: cuando quedó huérfano y se vió dueño de una regular fortuna, buscó una compañera que le acompañase en su soledad, y se casó. Se fué entónces á radicar al pueblo, ya por complacer á su esposa que así se lo pidió, ya por no sufrir incesantemente el dolor que le causaba verse sin sus amados padres habitando la casa en que se habia mecido su cuna. De entónces databa la íntima amistad que al presente le unia con mi padre: pues vecinos en el pueblo, y dedicados ambos á las mismas labores en el campo, habian tenido frecuentes ocasiones de tratarse, de hacer excursiones juntos á lejanos lugares de la sierra, y de unir su suerte en el buen ó mal éxito de algun negocio. Cuando murió su esposa, D. Braulio se volvió á la montaña triste y desconsolado; queria ocultar su desgracia en la antigua casa de sus padres, acompañado solamente de su hija Piedad, angelical criatura que yo habia dejado muy niña, y de algunos criados: su vida allí fué tranquila y sosegada, pues como él mismo decia, el trabajo, las fatigas y áun las molestias á que se entregó, le servian de distraccion. Al pueblo bajaba rara vez con Piedad, generalmente los domingos para oir misa; pero apénas se detenia en él, pues se volvia inmediatamente á la montaña.

D. Braulio decia que ya no debia yo conocerlo por haber cambiado *en todo;* pero desde luego que lo divisé reconocí en él al antiguo é íntimo amigo de mi padre, no estaba en verdad, como la última vez que lo habia visto, sano, robusto, con semblante risueño y alegre; pues la pérdida de su esposa habia destruido su naturaleza afligiendo profundamente su alma; más lo hallaba yo franco y amable como siempre, y me trataba con esa familiaridad encantadora de antiguos conocidos, al mismo tiempo que con cierta superioridad paternal, disimulable en los que nos han tenido en sus rodillas y han acallado con sus caricias nuestro llanto de niños.

V.

Despues de un momento de conversacion, D. Braulio, observando que no se habia presentado Piedad, exclamó:

—Pero esta niña que no viene.... ¡Hija!....

—Voy, papá—contestó una voz dulce y suave que desde luego resonó agradablemente en lo íntimo de mi corazon.

—Vamos á ver—agregó D. Braulio en voz baja y dirigiéndose á mí—si te conoce Piedad.

Esta se presentó en aquel momento, tímida y pudorosa, resplandeciente de hermosura y de modestia: apénas podia yo reconocer en ella á la niña que habia dejado al alejarme de mi pueblo! Las suaves y apacibles gracias de la infancia se mezclaban de un modo inexplicable á los encantos y hechizos de la adolescencia: era una rosa en el momento de abrir su broche y ostentar frescos y lozanos sus delicados pétalos. La aurora de la juventud iluminaba aquella frente, blanca como las azucenas de la montaña, y encendia sus miradas en el casto fuego de la honestidad: habia en sus movimientos recato y sencillez, y todo denunciaba en la hermosa jóven una bella alma, poseedora de la inocencia del niño y del modesto rubor

de la vírgen. Envolvia su esbelto talle en un fino pañolon de seda, oscuro y de rayas verdes, bajo el cual se veia su vestido de blanca muselina salpicada de florecillas encarnadas: llevaba suelta sobre su espalda, y húmeda aún del baño, su espesa, negra y sedosa cabellera que se agitaba blandamente al andar.

Nos saludó, sin atreverse á mirarnos. ¡Qué dulce era su acento!

—A ver, hija, ¿conoces al señor?—le dijo D. Braulio señalándome.

Alzó ella los ojos para verme, y encontrándose con los mios, sus mejillas se tiñeron de rosa, de ese suave color que toma la nieve vírgen de las montañas al verse sorprendida por el primer beso del sol.

—No, señor—contestó Piedad avergonzada—no recuerdo. . . .

—Vaya, yo tampoco lo conocia ya. Pues, hija, es Julio, con quien jugabas en el pueblo cuando ámbos erais niños. ¿No te acuerdas?

—Ah! sí,—exclamó la niña reconociéndome y dibujando en sus hermosos labios una graciosa sonrisa.—Está muy cambiado—agregó despues más animada y tratando de verme sin turbarse.

—Tú no lo estás ménos—le dije yo—y parece que te sienta bien vivir aquí ¿no es verdad?

—Como á tí te ha sentado pasar seis años por allá—me interrumpió D. Braulio. ¿Y crees que te habiamos olvidado? Que te diga tu padre lo mucho que te extrañamos desde que te fuiste, aquella santa que esté en el cielo y nosotros; y aun creo que algunas lágrimas corrieron por tu causa, ¿no, hija?

Me volví hácia ésta, y me pareció ver sus ojos próximos á humedecerse: inclinados al suelo, no pudieron leer en los mios la inmensa gratitud en que rebosaba mi corazon. Sin duda el recuerdo de su madre, evocado por D. Braulio, habia turbado súbitamente la serenidad de ánimo de la pobre niña. Por lo demás, aquella ternura de alma, aquel cariño que ella habia conservado hácia mí hasta llorar por mi ausencia, me conmovieron de un modo indecible, haciéndome sentir una felicidad dulcísima, una especie de inocente orgullo. ¡Cuán bellos y lejanos aparecieron en mi mente los felices años de mi infancia pasados al lado de aquella candorosa niña!

—¿Es cierto, Piedad, eso que dice tu papá?—me atreví á preguntarle con voz que alteraba la emocion, y haciendo esfuerzos para afectar una serenidad que no tenia. Si es así, ya sabes que te lo agradezco.

Me vió apénas, y no atreviéndose á hablar, bajó los ojos.

—Yo tambien—continué volviéndome á D. Braulio—hacia frecuentes recuerdos de ustedes. Mis cartas así lo decian.

—Hombre, lo creo porque tú lo dices. ¿Pero qué tiempo habías de tener para eso, metido allá entre tanta gente lleno de diversiones, paseos y de quién sabe qué cosas más? Cuando uno goza no se acuerda ni de Dios.

—Así será, pero muchas veces pensé en ustedes. ¡Y cuánto he sentido no encontrar ya á Dª Teodora! Dios no lo ha querido.

—¡Que se haga su santa voluntad!—repuso el piadoso montañés lanzando un triste suspiro y viéndome con tierna gratitud. Ella descansa ya en el seno del Señor: así lo espero de su misericordia.

VI.

Mi padre y D. Braulio comenzaron despues á hablar de sus negocios. Yo me paré para ir á ofrecer á Piedad algunos pequeños regalos que habia traido para ella; y viéndola ya ménos tímida conmigo, le dije, cuando estuvimos solos:

—¿Conque te acordabas de mí, Piedad? ¡Qué buena eres!

—Y mi pobre mamá tambien, que esté en la gloria. ¡Y yo que no te conocia!—agregó riéndose. ¿Cómo te ocurrió venir?

—Por acompañar á mi padre; el quiere ahora ir conmigo á todas partes.

—Cómo no, si has estado en México tanto tiempo. Cuando venia á vernos y hablábamos de tí, se entristecia mucho, y se le conocia que queria que tú vinieras; pero ¿cómo no te llamaba, no?

Yo oia embelesado su dulce voz, y me enternecia leyendo en sus miradas la inocencia y la pureza de su alma. ¡Qué hermosa estaba!

—¿No quieres ir al pueblo, le pregunté, á pasar las Posadas y la Noche-Buena con nosotros? Empiezan dentro de tres dias, y mi madre quiere que vayas.

—¡Ay, sí! yo tambien; pero mi papá ha estado enfermo estos dias, y no quiero dejarlo solo.

—Pues irá con nosotros: diciéndoselo mi padre no se ha de negar.

—Quién sabe: él tiene la costumbre de llevarme todos los años, pero cuando ya falta poco para la Noche-Buena. En tu casa será la última Posada ¿no?

—Creo que sí, aunque mi madre no me ha dicho nada.

—¿Te acuerdas qué locuras haciamos cuando éramos chicos?—prorumpió riendo de la manera más graciosa. ¡Cómo me acordaba de tí en las Noche-Buenas que han pasado!

—¡Hija!—gritó en aquel momento D. Braulio llamando á Piedad. ¿Tienes deseos de ir al pueblo, no es verdad? Las Posadas y la Noche-Buena se acercan, y la señora (así llamaba á mi madre) quiere que vayas.

—Como usted quiera—respondió la jóven así que se acercó á su padre.

—¿No sabes que lo quiero?—agregó éste en tono de chanza.

—Es que todavía no está bien aliviado, y por eso....

—¿Ha estado usted enfermo?—interrumpió mi padre.

—Sí, pero no ha sido gran cosa. Este dolor de costado que se me quiere acercar de cuando en cuando.... Si cuando uno está ya viejo.... Pero ya me siento bueno, hija. Conque, prepárate para mañana: te irás con el Sr. D. Julian, que piensa salir á la madrugada para caminar con la fresca, y temprano están en el pueblo.

—¿Y usted no vá?—le preguntó la niña con acento cariñoso.

—Sí, hija, por supuesto que he de ir; pero será despues, el dia de la verdadera fiesta.

—Entónces sí voy—exclamó Piedad llena de júbilo, y mostrando más desembarazo en sus palabras.

A medida que se sentia feliz, desaparecia su encantadora timidez, sin abandonar por eso aquel recato, aquella modestia que tanto la agraciaban.

VII.

Al dia siguiente, muy temprano, el ruido de los caballos en el empedrado del patio me despertó. Vestíme apresuradamente, salí afuera, y quedé sorprendido del bello espectáculo que se presentó á mi vista: la luna, teñida de ese color rojizo que Ossian describe en sus cantos, estaba próxima á desaparecer tras las cumbres más elevadas de la inmensa y majestuosa sierra; el lejano correr del rio, que se percibia claramente, y el monótono y constante rumor formado por los insectos de los bosques vecinos, interrumpian el imponente silencio de la noche; en el cielo brillaban, puras y serenas, las inmóviles estrellas, despidiendo esos hermosos resplandores semejantes á los de un limpio diamante herido por la luz.

A poco de estar yo contemplando este cuadro, salió Piedad y se acercó á mí: venia envuelta aún en su hermoso pañolon de seda, y animaban sus ojos los rayos de la más inocente y sosegada alegría.

—¿Nos vamos ya?—le pregunté.

—Sí; yo en un momento estoy lista. La mañana está muy fria ¿no la sientes así?

—Con razon, si estamos en Diciembre, cerca ya de la Navidad. Cuando amanezca, vamos á ver las cumbres de la sierra blancas de nieve. Y este airecillo helado que corre y que tanto te va á molestar.... ¿Quieres que nos aguardemos hasta que salga el sol?

—No, no: si tengo tanto alboroto que ya se me hace tarde. ¿No sabes tú que á mí me gusta mucho madrugar? Mi papá, siempre que me lleva al pueblo, sabe que la *madrugadora* le ha de despertar: así me llama él.

—Yo lo decia por el frio, que está muy fuerte....

—No, no; por eso no; bien abrigada....

—Pues entónces vámonos. Mi padre viene ya.

En efecto, un cuarto de hora despues, todo estaba arreglado para marchar; entré á despedirme de D. Braulio, que por su salud delicada y reciente indisposicion, permaneció en su cuarto: el pobre señor no podia disimular su tristeza al quedarse solo, por más que supiera que solo unos cuantos dias iba á estar separado de su hija.

—Les encargo mucho á mi niña—nos dijo á mi padre y á mí.—Si ha nevado, debe estar muy resbaloso el camino, y cuiden de guiar su caballo por las partes ménos malas. Y tú, Piedad, te vas muy quieta..

—Sí, papá.

—No quieras ir haciendo locuras cuando bajen al llano. Me la regaña vd., D. Julian, si no va con juicio—concluyó dirigiéndose á mi padre en tono de chanza.

—No le dé á vd. cuidado: irá perfectamente. Conque, ¿hasta el sábado, no? Hombre, váyase usted ántes; ¿qué hace vd. aquí solo?

—Veremos, Sr. D. Julian.

Despues de esta despedida, salimos. Piedad abrazó á su padre, le besó repetidas veces y fué á reunirse con nosotros.

—Me entristece dejarlo solo—me decia la dulce niña cuando yo la sentaba en su caballo. Pero irá pronto ¿verdad?

—Sí —le contesté enternecido— y de ese modo estarás allá más contenta.

¡Qué dulce era su voz, suavizada, por decirlo así, por el inocente candor de su alma y el cariño que profesaba á su padre!

VIII.

Bajamos de la montaña; y cuando la luna se habia ya ocultado tras la inmensa serranía, una poética claridad, un apacible resplandor comenzó á iluminar el Oriente: era la hora del alba, con todas sus pompas y armonías, con todos sus aromas y sus indescribibles bellezas. Las estrellas del cielo empezaron á palidecer y á ocultarse ruborosas entre el manto de la aurora; los gallos cantaban en la escondida choza del montañés, y en la lejana ranchería oíanse ya los primeros mugidos de las vacas; los pajarillos saludaban la alborada con sus alegres trinos, ocultos todavía entre el fresco ramaje de las arboledas que cubrian las hermosas faldas de la sierra; y por todas partes, en fin, percibíase ese alegre rumor de la mañana que anuncia el despertar de la naturaleza.

La escarcha, blanca y fina como polvo de plata ó de cristal, cubria los campos, las verdes ramas de los pinos, los peñascos y los extraviados senderos de los valles: del fondo de éstos veiamos ascender, ora azuladas columnas de humo salidas de la humilde choza del labrador, ora espesas nieblas que, cual girones del desgarrado manto de las montañas, flotaban al caprichoso empuje de los vientos; rozándose unas veces con las copas de los árboles y deslizándose otras sobre las elevadas cumbres, desaparecia al fin, en las alturas del cielo. De repente, el azul del firmamento tomó un tinte más puro y más hermoso; cubriéronse de encendida grana las blancas y ligeras nubecillas, la cándida nieve de la montaña, y todo pareció reanimarse con general alegría: era que el sol acababa de despuntar en el Oriente y que sorprendia á la tierra, engalanada de espléndidos atavíos, en su inocente entusiasmo.

Me volví á Piedad, que caminaba á mi lado, y su deslumbradora hermosura amortiguó inmediatamente en mi alma las impresiones profundas que aquella escena me causaba, haciéndole sentir otras más dulces, regaladas y deliciosas. ¡Ay de mí! No he visto desde entónces, proscrito del amor, la inefable expresion que sus miradas tenian en aquel momento; ni en encantos más seductores, más bellos y candorosos que los suyos, se han deleitado mis ojos y mi alma desde aquella mañana inolvidable. Sus mejillas, acariciadas por la brisa del alba, estaban frescas, rosadas y pudorosas como las suaves hojas de de una rosa de Castilla; sus negras y lucientes trenzas recogíanse bajo la falda de un graciosu sombrerillo café, adornado de cintas negras de seda; y un ele-

gante túnico de montar, de color verdecaña, cubria su flexible talle, que airosamente obedecia á los acompasados movimientos del caballo: Contemplaba yo con singular arrobamiento aquel conjunto de bellezas, ante las cuales, las magníficas de la naturaleza que antes habia admirado, me parecieron ya sin atractivo alguno; veia yo á Piedad revestida de todo el mágico encanto de la juventud, de toda la gracia de la candorosa inocencia, de toda la poesía que para un adolescente tienen los ensueños del amor. ¡Y cuánto y cuán profundamente la amaba ya! Habíanme subyugado en pocas horas el fuego honesto y apacible de sus ojos, su modestia, su sencillez y su candor; encontraba nuevas y bellísimas las virtudes que en ella habia descubierto; agradábanme la delicadeza de sus sentimientos, su casto rubor, su inefable mansedumbre y pureza de alma. Al verla tan cerca de mí en aquellos sitios agrestes y solitarios que yo amaba; al ver que no me encubria sus encantos ni se ronrojaba ya al dirigirle la palabra, sentíame dichoso y agradecido al cielo por aquellas dulcísimas horas que me daba y yo no merecia.

—¿Vas bien, Piedad?—le pregunté.—¿No te has cansado?

—¿Tan pronto? Si ya estoy acostumbrada á andar á caballo—me contestó con cierta satisfaccion de sí misma.

—Bueno—interrumpió mi padre que en aquel momento se unió á nosotros y que habia oido mi pregunta.—¿Conque no te sabes cansar?

—No, señor—contestó ella algo avergonzada y con cierta timidez.

—¿Y estás contenta? ¿Llevas deseos de divertirte mucho en las Posadas?

—Sí, señor; y si mi papá hubiera venido con nosotros más contenta iria.

—No todos los gustos han de ser completos, hija—le respondió mi padre—pero luego vendrá.

Cuando comenzamos á descubrir las blancas casas del pueblo, el acento de las campanas que llamaban á misa llegó hasta nosotros; produciendo en mí esa inocente y pacífica alegría del que se acerca á donde le esperan con amor y oye el sonido de las campanas que le son conocidas. Piedad se hallaba á mi lado en aquel momento.

—Estoy contento, muy contento—le dije entusiasmado.—¡Qué dichoso voy á ser en esta Noche-Buena! Y á tí te lo deberé, Piedad.

—¿A mí?—dijo ruborizada.—¿Por qué?

—Despues te lo diré, le contesté sin mirarla.

Entretanto, pensaba en que muy pronto iba á comenzar para mí una vida nueva, llena de regocijo y de poesía, de felicidad y de amor. La dulce y hermosa niña, cual una cándida azucena de la montaña, iba á derramar el perfume de su inocencia en la casa de mis padres, iba á alegrar nuestras fiestas del hogar y á contentarnos con su amable compañía.

Media hora despues llegamos á casa.

IX

Mi madre recibió á Piedad con la alegría de quien recibe á una hija propia: la amaba tanto, que su presencia era para ella como necesaria en aquellos dias en que todo era bullicio y animacion. Entró Piedad á cambiarse de vestidos, y poco despues se presentó tan bella y graciosa como siempre, llena de satisfaccion y de júbilo.

—Ahora á mí me toca—le dije sonriendo—vas á estar aquí como en tu casa.

Y así que me contestó con una de sus más tiernas miradas, fué á buscar á mi madre para conversar con ella un momento. Yo me salí al portal de afuera.

Los preparativos de la gran fiesta de Navidad habian ya comenzado en el pueblo, y en todas partes se notaba ese movimiento, esa algazara que anuncian la próxima llegada de un suceso extraordinario: en la plaza se levantaban numerosas enramadas para los puestos de dulces, de juguetes y de *nacimientos*: las fachadas de las casas se limpiaban para hacerlas aparecer blancas y hermosas; las tiendas se surtian, llenaban

sus aparadores de sabrosas golosinas y se adornaban más y más de vistosos lienzos ó botellas de color: multitud de chiquillos recorrian alborozados las calles, gritando y cantando, felices y contentos. Al ver aquella alegría, no podia yo ménos de participar de ella y de entristecerme á un tiempo: recordaba mis primeros años y mis inocentes alegrías pasadas, y me sentia dichoso á la sazon, viéndome al abrigo de mis padres, bajo el techo que me habia visto nacer. Recordaba tambien las Navidades que habia pasado en la ciudad y una dulce melancolía se apoderaba de mi alma. ¿Cuándo un recuerdo no nos entristece?

—¡Qué fiesta tan poética, tan hermosa y tan general!—pensaba yo. En todas partes se esperada con impaciencia y recibida con júbilo; en todas partes es uno mismo el entusiasmo que produce, principalmente en los niños, que son los verdaderos ángeles de la tierra, los ángeles custodios de sus madres y de sus familias.

Deseando yo que Piedad viese tambien el cuadro que tenia á mi vista, corrí á buscarla, invitándola para que saliese á dar un paseo conmigo; pero ella prefirió quedarse y verlo todo tras las cortinas de una ventura.

Desde que llegamos á la casa, observé que se turbaba al dirigirle yo la palabra, que me ocultaba sus miradas, que su semblante, en fin, se cubria á menudo de un suave color de rosa, como si me quisiera indicar así que le causaba rubor verse tratada por mí con la confianza que acaso parecia extraña á los demás. Sus palabras no eran ya como en la montaña, ingénuas y rebosando cierta encantadora familiaridad: por el contrario, en todo lo que ella me decia, observaba yo una tímida reserva. Las almas que, como la de Piedad, están acostumbradas á la dulce libertad del retiro, pierden su espontánea franqueza, su serenidad y su ánimo expansivo cuando se hallan entre personas de carácter y de costumbres diversas de las suyas.

—Estás triste—le dijo—no venias así.

—Si yo no estoy triste; ¿quién te lo ha dicho?

—Como no hablas ya....

—Pero eso no quiere decir que esté como tú dices.

—¿Estás, pues, contenta?—le pregunté seducido por el acento con que pronunció estas palabras.

—Sí.

—Pero de seguro no tanto como yo.

—¿Por qué?

—Debias haberlo conocido ya: porque estás tú aquí.

—¿Sí?....—dijo ruborizándose.

—¿No lo crees?

—Pues no.

—Es porque no me conoces. Desde que he vuelto de México apénas he podido alegrarme una que otra vez, como estoy ahora. Vengo tan fastidiado....

—¡Ah! y ahora recuerdo, ¿por qué me dijiste eso en el camino?

—¿Qué cosa?—Ah, sí! que por tí... Pues ya ves que no te he engañado; ¿acaso no me ves dichoso?

—Bueno, pero digo que por qué....

Piedad no me veia: finjia examinar atentamente el secreto de un juguete que habia sobre la mesa.

—Porque me causa alegría que estés tú aquí—acabé de decirle.

—Díme,—continué despues de un momento de silencio en que enagenado estuve contemplando su hermosura;—díme, ¿te gusta estar en la montaña?

—Mi papá lo quiere así—me respondió con sencilla ingenuidad—y vivo muy contenta: me sobra allá en qué entretenerme.

—Pero allá.... tan léjos.... ¿no te quisieras venir á vivir al pueblo?

—Sí, pero no se lo digo á mi papá porque él está allá mejor, y á mí me toca cuidarlo. Pero voy adentro á estarme con la señora.

Salió: y mucho tiempo despues de que habia desaparecido, resonaba aún en mi alma el suave acento de su voz.

X

Entretenido yo en casa en diversas ocupaciones que inventaba para permanecer en ella, tenia oportunidad á cada momento de ver á Piedad, de observar

su manso carácter, su bondad y pureza de corazon, su inocencia y todas aquellas virtudes, en fin, que tanto realce daban á sus gracias naturales: deleite regalado era para mí oir el limpio y dulce metal de su voz, sus conversaciones con mi madre llenas de candor y de ingenuidad. Cuando me presentaba yo donde ella estaba, como mis miradas buscaban primeramente las suyas, bajaba ruborizada los ojos, permanecia callada y apénas se atrevia á mirarme: no parecia sino que mi presencia la mortificaba en extremo delante de los demás. Algunas veces, sin embargo, la sorprendia yo mirándome con singular atencion y hasta con cierto cariñoso interés: cuando yo hablaba, me oia sin apartar la vista de algun objeto cercano, como si quisiera ocultar de este modo la complacencia que sentia y que yo leia claramente en sus ojos: observaba tambien que solia buscarme con afan y que venia á donde yo conversaba con mi madre ó con mi padre, permaneciendo allí en actitud humilde y distraida hasta que me iba ó la llamaban.

Pero no obstante estas preferencias suyas, tanto más preciosas y dulces para mí cuanto que ellas me anunciaban lo que yo tanto queria saber, Piedad evitaba ya quedarse sola conmigo como si temiese que su turbacion me revelara sus sentimientos ó que mis lábios se atreviesen al fin á decirle lo que ella sin duda sabia ya: que yo la amaba. Tales son las almas candorosas cuando abrigan un cariño puro: se conforman con amar y ser amadas, sin desear ni esperar nunca que se las dirijan esas palabras vagas y extravagantes que ha inventado el lenguaje moderno del amor. Piedad ignoraba ese idioma; y tímida y humilde como son las doncellas virtuosas, ocultaba su amor modestamente. Acaso, si yo le hubiera hablado del mio, no me habria comprendido.

¡Amable niña, cuánto me enternece hoy tu recuerdo! Despues de tantos años que han pasado desde entónces, te veo aún en mi memoria, pudorosa y sencilla como en aquellos dias te ví; hoy admiro tu virtud, tu inocencia, tu casta honestidad, y apareces en mi mente como un sueño delicioso de la adolescencia, como una de esas vírgenes, radiantes de luz y de candor, que se dibujan en la fantasía de un poeta. Me acordaré siempre, estremeciéndome, de la felicidad que en aquel entónces, inundó mi pecho, del temor y de la modesta humildad con que aceptaste mi cariño y con que me dabas pruebas del que yo te inspiraba. ¡Cuán superiores eran tus méritos de niña inocente y pura á los de otras mujeres que despues me han fascinado con su belleza!...

XI

Un dia, varios amigos me invitaron para que los acompañase á una excursion que pensaban hacer al interior de los bosques de la montaña: faltaba ya solo un dia para el de Navidad, y ellos querian ir á traer el heno más fresco y abundoso, verdes ramas de pino y las flores silvestres más olorosas y más bellas, para regalar á las jóvenes del pueblo que debian poner *nacimientos* en sus casas. Acepté con gusto, y dí órden para que me preparasen el caballo. Mi madre, en compañía de Piedad y algunas mujeres, arreglaba en el salon los adornos para la Posada de ese dia, que debia darse en nuestra casa. Entré para despedirme y le dije:

—Ya sabe usted á dónde voy ¿no? Estarémos aquí de vuelta en la tarde.

El rostro de Piedad se inmutó ligeramente, y manifestó como pesar ó extrañeza de que yo me fuera: sus tímidas miradas así me lo dijeron. Mi madre me hizo algunos encargos y me enumeró lo que habia de traer de la montaña para adornar el salon y el altar: pero Piedad nada me dijo.

—Tal vez acompañe mañana á mi padre—continué—pues segun me ha dicho, tiene que ir á acabar de arreglar al rancho lo de los peones que han de comenzar á trabajar la semana que viene: de vuelta pasaremos por D. Braulio; así es qué seria bueno que mandara usted arreglar todo para tenerlo prevenido.

—No creas que vaya—me respondió mi madre—eso se puede hacer despues.

¿Cómo han de andar en negocios en estos dias? Sin embargo, temo que ahora que se fué al campo se resuelva á ir de una vez al *Cerro*. De ese modo, él y D. Braulio estarán aquí esta tarde.

—Pues mejor—concluí yo.

Piedad pareció alegrarse al oir estas palabras, y sus ojos, con una dulce y clara expresion de humildad, me rogaron que no me fuese.

Salí afuera, y no sé por qué en aquel momento me avisó el corazon que debia decir á Piedad ántes de irme lo que tanto deseaba, seguro de que en aquella vez no rehusaria ella quedarse un momento sola conmigo ni oir lo que yo le dijera. En efecto, así fué: recargado en una barandilla del corredor esperando el momento de montar, me volví súbitamente al oir el roce de un vestido: era Piedad.

—¡Ah! si todavía no te vas—exclamó.

—¿No deseas tú que te traiga algo de la montaña para el nacimiento?—le pregunté.

—Sí—me respondió humildemente y bajando la voz—¿pero para qué vas tú si se puede encargar el heno y las flores y todo lo demás?

Al hablar, sus ojos apénas podian resistir las miradas de los mios, y en sus mejillas sonrosadas observé la mortificacion que aquella escena le causaba.

—¿No quieres, pues, que vaya? Yo deseaba ir, porque comienzo á ponerme triste y sin saber qué hacer: como tú apénas quieres estar donde yo estoy y no me platicas......

—Es que me da vergüenza; pero ya no sucederá así cuando vuelvas.

—¿Acaso no sabes que yo te quiero mucho y que deseo estar siempre contigo?

—Sí; pero, ... ¿no te digo que me dá vergüenza........ y así como miedo?......

—¿Miedo? ¿de qué?

—Pues no sé.... de que me vea la señora.... Pero cuando vuelvas hemos de platicar.

—¿Y ya no te andarás escondiendo de mí?

—No; ¿no ves que á mí tambien me gusta estar contigo?

—No lo demuestras mucho.

—Pero si ya te dije por qué....

—¡Ah! ¿entónces puedo estar seguro de que tambien tú?....

Y adivinando lo demás de mi pregunta en la mirada, sus mejillas tomaron un tinte de rosa más subido que otras veces.

—Sí, sí...... me interrumpió ocultándome su rostro y entrando al salon muy avergonzada.

Aquella expedicion á la montaña me era ya penosa. Acababa yo al fin de revelar mi amor á Piedad, y al sentir inundado mi corazon de incomparable dicha, la casa de mis padres me atraía de un modo irresistible, y era más bella para mí que las espléndidas y calladas montañas que iba á recorrer.

Un cuarto de hora despues me reuní á mis amigos y salimos del pueblo.

XII.

Cuando en la tarde volví, Piedad me esperaba ya en el portal interior de la casa: el suave carmin del rubor no habia desaparecido aún de su semblante. Me acerqué á ella inmediatamente, le entregué un ramo que en la montaña habia formado para eso y le pregunté si habia vuelto mi padre.

—Todavía no—me respondió—pero la señora cree que se fué para el *Cerro* y que debe llegar hoy con mi papá, aunque ya con la noche.

—Pues ojalá—repuse—así estarás más contenta. ¿Quieres esperarme aquí mientras voy á saludar á mi madre? Acuérdate de lo que me has prometido.

—Sí.

—Vuelvo pronto.

Hallé á mi madre en el salon donde se disponia la Posada; y en aquel momento veia el heno, las flores y otras yerbas aromáticas que yo habia traido y que el mozo acababa de poner á su vista.

—¿Ya sabe Piedad que has vuelto?—me preguntó—si no, llámala para que venga á ver todo esto.

—Viene ya—le respondí.

Cuando volvió á donde habia quedado yo esperándola, traía en un delantal

muchas flores, y me dijo que tenia que formar unos ramilletes para el altar; pero como ya faltaba poco tiempo, queria que yo le ayudase.

Piedad tenia aquel dia un sencillo vestido de muselina color de rosa; su abundante cabellera, peinada primorosamente, estaba recogida en dos gruesas trenzas adornadas de cintas negras; y un collar de oro de cuentas pequeñas y unos hermosísimos pendientes del mismo metal, daban cierta expresion encantadora é irresistible á aquel conjunto de inocencia, de belleza y de angelical candor: yo no me cansaba de contemplarla.

—Te has puesto hoy muy elegante, le dije cuando nos quedamos solos.

—Elegante no; pero como hoy tiene que venir aquí mucha gente, debo estar limpia.

—Y más hermosa que nunca, ¿es verdad?

Las blancas facciones de la niña se tiñeron súbitamente de un vivo encarnado, no tanto por mis palabras, cuanto por el acento con que las pronuncié: con él habia traído á su memoria lo que entre nosotros habia pasado en la mañana; ruborizada así, su pudor era el pudor de un ángel.

—¿No es verdad? volví á decirle.

Entretenida con las flores no alzaba los ojos para mirarme, pero comprendiendo yo lo que en aquel momento pensaba, insistí en mortificarla.

—¿A que sé por qué te has puesto así?—le dije.

—¿Cómo?

—Muy elegante, muy bonita y callada. ¿Ya no me quieres hablar?

—¿Pues acaso no estoy hablando?

—Sí, pero no como yo quiero. Y no te olvides de lo que digo. Díme, Piedad, si yo te hubiera suplicado que te vistieras así, ¿lo habrias hecho?

—Segun.

—¿Cómo segun?

—Sí; porque si era para hacerme burla.....

—¿Burla? ¿acostumbro yo hacer eso, ménos contigo?

—No: pero como yo soy ranchera, y....

—Muy bien, muy bien; por eso que dices, precisamente por eso, te quiero á tí solita.

—Es que tú eres muy bueno...... más yo siempre me avergüenzo...... En la ciudad debe haber mujeres muy lindas, y tambien aquí en el pueblo hay.

—Pues yo todavía no las he visto. ¿Y qué te parece de una que me hallé en el *Cerro*, en casa de D. Braulio? ¿No crees que es más hermosa?

No sé quién es, me respondió con voz imperceptible y dibujando en sus lábios una inocente sonrisa.

—Yo le he dicho—continué—que la quiero mucho, y como es tan buena, me ha respondido que ella tambien.... Pero dudo que me quiera tanto como yo á ella.... ¿No lo crees así?

—No—contestó resueltamente.

—Entónces—le dije yo sintiendo en mi alma una felicidad que jamás habia sentido—entónces dame un ramito hecho por tí para que con él me pagues el que yo te regalé.

—¿Nada más para eso?

—Y para otras cosas.

—¿Cuáles?

—Para guardarlo como tuyo; para que con él me digas lo que no quieras decirme, y para que en él vea yo una prueba y un recuerdo de tu cariño.

Piedad me miró con inefable expresion de ternura y de gratitud, que penetró hasta lo más íntimo de mi alma llenándola de orgullo: en los ojos de la hermosa niña volví á ver aquella mezcla singular de júbilo y de timidez, de amor y de inocencia que tanbien sabian hermanarse en ellos.

—¿No me has de dar el ramo?—volví á decirle, viendo que no me habia contestado.

—Sí, ¿no ves que ya lo estoy haciendo?

Y me enseñó las flores que habia elegido.

Despues de un momento, me dijo al present rmelo:

—Aquí está ya: guárdalo como yo guardaré el tuyo.

Tomé el ramo y acariciándolo la suave y delicada mano con que me lo daba, repuso sonrojada:

—Ahí viene la señora.

En efecto, á poco entró mi madre.

—¿No acaban?—nos preguntó.

—Poco nos falta—dijo Piedad.

—Pues les ayudaré: así acabarán más pronto. Tu padre—agregó despues dirigiéndose á Piedad—se habrá entretenido y por eso no ha llegado; pero ni Julian viene. Si vienen juntos estarán aquí á las ocho de la noche. Y el señor cura no debe tardar: me ofreció venir á ver el altar y nuestra sala de Posada, ha mostrado grandes deseos de verte al saber que tú estás aquí, hija; pero si quieres, anda con Julio á dar una vuelta por la plaza miéntras viene: ya ves que está muy animada, Yo acaboré aquí, al fin ya falta poco.

Piedad, procurando que mi madre no la viese, me preguntó con los ojos si podia aceptar: le contesté que sí.

—¿No rehusas ahora mi compañía?—le dije así que salimos.

—Al contrario—me respondió—quisiera estar siempre contigo.

XIII.

A las ocho de la noche comenzó en el pueblo la agitacion y el bullicio acostumbrados hacia ya siete dias: era la última *Posada*, y el concurso que se preparaba á presenciarla era más numeroso que otras veces, pues los habitantes de las montañas y de los pueblecitos vecinos habian llegado traidos por su deseo de disfrutar de las alegres fiestas de Noche-Buena. En la casa habia una confusion y un alboroto indefinibles: los chicos habian invadido los corredores, el salon y la huerta, y llenos de infantil alborozo, gritaban, cantaban y reian.

Al fin se encendieron las luces del altar, y el aromoso incienso comenzó á derramar los por aires su delicioso perfume: en la calles se oian las músicas que acompañaban á los Santos Peregrinos, y los cohetes, los cantos y los gritos formaban un concierto tal de entusiasmo y de gozo, que naturalmente se henchia el corazon de piadosos sentimientos.

Cuando las imágenes de la Vírgen María y de San José llegaron á la puerta, cesó por un momento aquel bullicio, sucediéndole el sordo rumor de la multitud que las acompañaba: despues de los cantos y abierta ya aquella, la gozosa muchedumbre invadió precipitadamente el salon, radiante de vivísima luz y despidiendo el sabroso aroma del incienso y del fresco pino. El entusiasmo aumentó, sonaron más alegres las músicas y numerosos cohetes atronaban el aire en la plaza: los niños, valiéndose de delgados carrizos que ponian en contacto con el agua, producian unos sonidos agradables y alegres, tradicionales en toda fiesta de Noche-Buena. Concluidos los rezos de costumbre, comenzó á retirarse la numerosa concurrencia: solo quedaron algunos amigos de la casa, piadosos campesinos que no se cansaban de ver á la Vírgen en su improvisado altar, y por último, algunas otras mujeres del pueblo que rezaban en respetuoso silencio.

Durante aquella escena que fielmente veo retratada en mi memoria y que en vano he querido reproducir aquí, no aparté los ojos un momento de mi querida Piedad: me agradaba ver en su semblante los reflejos de su veneracion y respeto religiosos, que me anunciaba el tesoro de fé albergado en su inocente alma.

Ya muy entrada la noche, como ella habia rogado á mi madre que la dejase velar á los santos Peregrinos hasta que la venciese el sueño, me acerqué á donde estabá para decirle que se retirara á descansar; y notando su actitud melancólica, le pregunté:

—¿Estás triste?

—No, no tengo nada; pero ya ves que mi papá no ha venido como me lo ofreció. Hoy debia estar aquí, y el señor D. Julian tampoco ha llegado. ¡Ay! ¿qué habrá sucedido? Nada han mandado avisar ¿no es verdad?

—No tengas cuidado por eso—le respondí yo para tranquilizarla:—mañana temprano estaránaquí. Entre tanto, re-

tírate ya, pues es muy noche. Yo me quedo: á la madrugada iré á despertar á uno de mis hermanos para que venga á sustituirme.

—No, todavía no: voy á estar otro rato. Quédate conmigo.

Me senté á su lado, y pareció quedar contenta y tranquila; pero luego me dijo:

—Yo tengo miedo de que mi papá haya enfermado; es muy delicado. Y cuando va á sucederme algo, el corazon me avisa..... Si vieras, cuando murió mi pobre mamá, que esté en la gloria, soñé....

—Pero ¿para qué te acuerdas de eso ahora?—le dije interrumpiéndola.—¿No ves que es afligirte en vano y afligirme á mí?

—Sí, pero hoy no estoy sosegada..... ¡Dios mio, Vírgen Santísima!—exclamó con el más hondo acento de sincera piedad y dirigiendo sus ojos al altar.—Haced que no le suceda nada á mi papá porque yo me moriria; ó mandadme primero la muerte....

Al cabo de una hora conseguí con mis ruegos que Piedad se fuera á descansar, haciendo esfuerzos al mismo tiempo para tranquilizarla.

Y sin embargo, yo mismo estaba ya alarmado: recordaba lo que algunos dias ántes me habia referido mi madre acerca del sueño que Piedad tuvo la noche que le sucedió la desgracia de perder á la suya. Soñó que veia á ésta elevarse hácia los cielos, en medio de blancas nubes y conducida por un ángel: ántes de perderse en las alturas llamaba á su hija: Piedad, que la amaba con todo su corazon, y que habia sufrido al verse ya sin ella, angustias de muerte y penas superiores á sus fuerzas de niña, elevó á Dios una plegaria, rogándole que le concediera morir ántes que su padre para no padecer de nuevo lo que ya una vez habia padecido. El Señor oyó su ruego, y cuando la madre de la pobre niña entró en el cielo, ella se sintió consolada, pues le parecia que pronto la seguiria á la region de los escogidos.

Desde entónces, para Piedad la muerte no tenia nada de temible ni de cruel: en vano se le habia dicho que abandonara la preocupacion de aquel sueño, pues en su sencillez y en su candor esperaba que Dios le cumpliria su promesa y que no la dejaria sola en el mundo. Su padre mismo, al ver la tenacidad con que ella creia que moriria primero que él, se habia apenado muchas veces, y no habia podido ménos de entristecerse profundamente pensando cuánta seria su desgracia si aquel ángel, que era todo el encanto de su vida, se remontaba al cielo en busca de su madre, dejándolo aquí desamparado y solo, sin consuelo ni esperanza ya de volver á ser feliz.

Sobre todo, los temores de Piedad me preocupaban de un modo indecible: me parecia que su sueño iba á ser pronto una realidad, y temblaba. Porque hay momentos en que el amor nos hace creer en todo, aun en los mayores imposibles, siempre que ellos nos anuncien el peligro de perder á la persona amada. ¿Y la inocencia, además, no tiene tambien sus presentimientos? ¿por qué aquella afliccion anticipada de la dulce niña; por qué aquella zozobra, cuando ninguna noticia mala habia llegado á sus oidos, y cuando, por el contrario, sabia que pronto llegaria D. Braulio? ¿por qué recordar aquel fatídico sueño en los momentos en que á su alrededor todo era contento, júbilo y animador bullicio? Pensaba en la juventud, la lozanía y la frescura de Piedad, y pensaba que era imposible que algun mal le hiriese de muerte; pero si sobrevenia una desgracia ¿podria resistirla su alma delicada y sensible?.... En vano procuraba tranquilizarme yo mismo; aquella preocupacion afectaba mi ánimo tan profundamente, cual si hubiese sido una realidad, arrebatándome en un momento el sosiego y la alegría de que ántes disfrutaba.

Al amanecer del dia siguiente llegó mi padre: D. Braulio no venia con él.

—¿Y mi papá?—le preguntó Piedad llena de cuidado y casi palideciendo.

—Se quedó, hija, porque dice que tiene mucho que hacer y no puede dejarlo.

Evidentemente, habia en mi padre al pronunciar estas palabras una estudiada reserva: yo, que lo conocia bien, así lo comprendí, pues ni su serenidad de aquel momento ni la indiferencia de la frase le eran habituales, por más que él hubiese procurado disimularlas dando á su voz un acento de dulzura y de tranquilidad. En efecto, cuando ya Piedad no estaba allí, le dijo á mi madre:

—Don Braulio está enfermo: él dice que no es nada, pero ya sabes tú el peligro que corre de agravarse cuando las punzadas le comienzan y no se les ataca. Queria venir, pero temiendo que le hiciese daño andar á caballo, le obligué á quedarse. Voy á mandar al médico hoy mismo, y si sigue malo don Braulio nos vendrán á avisar luego. No digan nada á Piedad.

Esta, en todo aquel dia, estuvo inquieta y molesta: mis palabras apenas conseguian distraerla un momento. Dios mio ¡cómo le avisaba el corazon lo que iba á suceder!

XIV.

Llegó por fin la esperada noche de Navidad, pura y serena, majestuosa y llena de poesía. La luna la iluminaba con todos los resplandores de su clara y plateada luz, y las estrellas lucian en el cielo suave y apaciblemnnte.

En el pueblo, el bullicio continuaba siendo extraordinario; los gritos de entusiasmo repetidos; la alegría de todos completa. Numerosos puestos de dulces y de otras sabrosas golosinas, perfectamentamente iluminados, formaban en la plaza prolongadas y vistosas calles, que sin cesar recorria una concurrencia abundante.

En casa, poco antes de las ocho, el señor cura, sentado en un sillon bajo el portal interior y rodeado de muchos niños, referia á éstos la siempre poética, conmovedora y sublime historia de Navidad. Piedad la oía desde un lugar apartado con respetuosa atencion y singular interés. Hé aquí lo que el excelente sacerdote decia á su infantil auditorio:

"El rey de Judea habia dado una ley para que todos sus súbditos marchasen á la capital á empadronarse; y, obedeciéndola, multitud de familias se habian puesto inmediatamente en camino, conducidas por magníficos trenes ó ligeras cabalgaduras, y con todas las comodidades de viaje de que pueden disfrutar los dueños de cuantiosas riquezas. La Santísima Vírgen María y su casto esposo Señor San José, se dirigieron tambien á la ciudad para cumplir con la disposicion del rey; pero como su pobreza era muy grande, él caminaba á pié, y la Vírgen en una mansa y pacífica pollina. Ya la noche empezaba á caer cuando llegaron á Betlen: venian cansados, y aunque en aquel país eran totalmente desconocidos y no tenian en él un pariente ni un amigo en cuya casa pudieran hospedarse, San José, sin embargo, queriendo que su santa esposa pasase la noche al abrigo del helado viento del invierno, buscó alguna parte en donde pedir posada. Todos los mesones estaban ya ocupados por ricos comerciantes, por sus criados y aun por sus cabalgaduras, y en las casas á que el Santo Patriarca acudió pidiendo un rincon por toda hospitalidad, se les despidió con desden, porque su presencia bastante pobre y humilde, no prometia á sus dueños la más módica ganancia por el alquiler. La Santísima Vírgen estaba en cinta y comenzaba ya á presentir la hora del parto; pero la maldad de los hombres no habia permitido que los santos Peregrinos tuviesen todavía un lugar apropiado para recogerse. Ellos, empero, en su angelical sencillez y mansedumbre, sufrieron con paciencia tan repetidos desaires; y elevando al cielo sus miradas, oraban á Dios, y sus almas se sentian henchidas de dulcísima esperanza. El afligido esposo condujo á María á los alrededores de la poblacion, en busca tal vez de la pobre choza de algun pastor que sin duda se abriria para darles abrigo: pero Dios lo habia dispuesto de otro modo. A un lado del camino divisaron un punto negro, y á él se dirigieron: era una solitaria y abandonada gruta que servia de pesebre á los animales del campo. María y San José dieron gracias al cielo

fervorosamente, y entraron: la oscuridad era completa, pero á poco observaron que no estaban solos: en el establo se hallaban un buey y una mula, los cuales permanecieron quietos al entrar los fatigados viajeros. ¡La hospitalidad que entre los hombres no habian encontrado, la hallaban al fin entre los animales!. . . .

"En aquella gruta, hijos mios, y hácia la media noche, la Santísima Vírgen ¡siempre dichosa entre todas las mujeres! dió á luz sin dolor alguno al Niño Dios, más bello y más hermoso que los querubines del cielo. Súbitamente la gruta se llenó de una luz apacible y desconocida, como si todas las estrellas hubiesen enviado sus más suaves resplandores á aquel ignorado rincon del mundo para iluminar la pobre cuna del Hijo de Dios. El corazon de María, más puro que los copos de la nieve vírgen de las montañas, rebosaba en una felicidad inefable y dulcísima: contemplaba respetuosamente y con amor al Santo Niño, pues sabia que era su Dios y su Señor: veia envuelto su cuerpecito, semejante á un fresco y suave boton de rosa, en pobres pañales, pero su alma de madre se consolaba al sentir que el buey y la mula calentaban el ambiente con su respiracion. El Niño Dios sonreia inocentemente, al ver á los ángeles que poblaban la gruta y al oir las dulces armonías de sus cánticos.

"Entretanto, la naturaleza toda celebraba con regocijo el nacimiento del Salvador de los hombres: el cielo estaba sereno y diáfano, como una bóveda de azulado cristal; la luna y las estrellas brillaban con sin igual esplendor, y los ángeles entonaban en las alturas himnos de alabanza y de gozo. El ángel del Señor, mensajero de su voluntad, se apareció á unos pobres y sencillos pastores y les dijo: "Id á Betlen y adorar al Salvador de los hombres que ha "nacido ahora, y le hallareis en una "gruta, recostado en un pesebre y cubierto de pobres pañales." Y el ángel desapareció elevándose hácia los cielos y entonando con otros mil este sagrado cántico: "Hossana, hossana; gloria á "Dios, gloria al Señor en los cielos y "paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Hossana al Hijo de David." Los pastores se apresuraron á ir en busca de la gruta de Betlen; y habiendo visto lucir sobre ella un brillante lucero, la encontraron donde el ángel les habia dicho. Entraron y vieron al Niño, y lo adoraron."

Calló el señor cura: todos los chicos se acercaron á él para abrazarlo y recibir sus caricias y sus bendiciones.

—¿Y por qué hay ahora misa del gallo, señor cura?—le preguntó uno de aquellos inocentes.

—Para celebrar el nacimiento del Señor, le contestó su bondadoso ministro—por eso se dice á la hora en que El vino al mundo. Hoy todos ustedes deben rogarle que los proteja y que mande sus bendiciones sobre sus familias; pedirle que los haga buenos para que nunca le ofendan cuando sean grandes. Hoy todo lo que los niños le piden con buen fin, lo concede; pues como El tambien fué niño, ama á los niños con singular predileccion.

El infantil concurso comenzó á disolverse en medio de la mayor alegría, llamado por el bullicio y el entusiasmo que reinaban en la plaza y en las calles. Música, cohetes, cantos, todo producia una animacion sin igual y daba al pueblo un aspecto inusitado y extraordinario.

¡Bendita y hermosa noche que así reune en fraternales fiestas á los habitantes de los pueblos cristianos! ¡Bendita Navidad que hace olvidar todos los pesares, y cuyo principal y más raro secreto consiste en derramar la felicidad y el bienestar en los corazones que creen!. . . .

XV

Y aquel movimiento uniforme y general, léjos de terminar parecia crecer á medida que avanzaba la noche: todos esperaban la misa del gallo.

Volví á observar que Piedad estaba triste: yo, por el contrario, me sentia dichoso y tranquilo ya, pues confiaba en que D. Braulio no habria seguido malo y en que el médico habria cortado acer-

tada y eficazmente los avances de la enfermedad.

—Tranquilízate, Piedad—decia yo á la jóven—¿qué puede haber sucedido á tu papá?

—No sé.... ¿pero por qué no ha venido entónces? Habria dejado cualquier quehacer.... ¡y él, que segun me ha dicho, nunca ha faltado una sola vez en su vida á la misa del gallo, hoy va á faltar!.... ¡Y ese sueño!....

—¿Insistes en pensar en él?

—¿Cómo no, si no puedo olvidarlo?

—¿Qué temes, pues?.... Tú estás buena.... mañana verás á tú papá temprano: si él no viene por tí, yo te llevaré con mi padre á la montaña.

—¡Ay! ¿me lo prometes?

—Sí, Piedad: pero no pienses ya en el sueño.

—No, no; ya no pensaré.

Dieron las once, y un alegre repique se dejó oir en aquel momento: era la primera llamada á la misa del gallo. Pero casi al mismo tiempo sonaron las herraduras de un caballo en el patio.

—¿Quién es?—pregunté adelantándome.—Ah! eres tú, Miguel—agregué, al reconocer á uno de los criados de D. Benito.—¿Qué hay?

—El señor sigue malo y quiere que vaya el señor cura.

Estas palabras me helaron la sangre.

—Dice tambien que se vaya la niña Piedad—continuó el criado.

—¿Pero por qué no has venido á avisar ántes?

—Porque él no habia querido. Creo que el señor cura no podrá ir sino hasta que pase la misa ¿verdad?—me preguntó Miguel.—Al fin hay buena luna: llegaremos allá al amanecer.

Avisé á mi padre, que inmediatamente dió órden para que se ensillaran los caballos.

—Quédate aquí—me dijo en seguida—yo voy á ver al señor cura para que partamos al salir de misa.

—Pero el tiempo urge—le repliqué. —Seria bueno que Miguel se adelantara con esas medicinas que encarga el médico.

—Pues mándalas traer, y que se vaya. Entretanto, evita á todo trance que Piedad sepa esto ántes de partir.

Pasada media hora, nos dirigimos todos á la iglesia: yo sufria dolorosamente al pensar en la gravedad de D. Braulio, y rogaba á Dios desde el fondo de mi corazon, que evitara á Piedad una desgracia en la que pudiera peligrar su vida. Las almas de sensibilidad exquisita como la suya, apenas pueden resistir las pruebas que el cielo les envia.

Cuando entré en el templo, profusamente iluminado y lleno de deliciosos perfumes, experimenté una sensacion indefinible: se confundian en mi alma la tristeza de que me hallaba poseido y el natural regocijo de contemplar aquel imponente cuadro; junto á mis temores y mis inquietudes presentes, veia surgir del fondo de mi imaginacion los gratos y tiernos recuerdos de otro tiempo; y así, conmovido hondamente y casi con las lágrimas en los ojos, contemplaba el *nacimiento* levantado en el altar mayor.

Estaba éste adornado con sencillez y con arte: multitud de blancos cirios ardian en él; y el heno, cuyas hebras se mezclaban á otras de plateada escarcha, las frescas y olorosas ramas de pino, los graciosos canastillos de verde yerba cubiertos de pintadas flores, y otros mil adornos campestres, lo cubrian por todas partes. Las imágenes de la Vírgen y de San José, inclinadas en actitud de tierno respeto, parecian contemplar algo que en medio del altar se ocultaba bajo un velo de blanco lino, el cual deberia rasgarse poco despues de comenzada la misa. Una multitud inmensa llenaba la única nave del templo, y rezaba callada y fervorosamente: ¡cuadro conmovedor el de aquel pueblo sencillo y creyente que así acudia, en medio de la oracion y del silencio, á recordar la escena que en un país remoto habia tenido lugar hacia diez y ocho siglos! En el momento en que el sacerdote entonó el sagrado cántico *Gloria in excelsis Deo*, rasgóse el velo del altar que cubria al Niño Dios, y éste apareció dulcemente recostado en un lecho de paja. Las músicas prorumpieron en alegres sones, repicaron las campanas,

escuchóse el coro de argentinas voces que elevaban al cielo himnos de entusiasmo, y todo fué, en fin, regocijo y armonía: aquellos cantos, que brotaban de los corazones puros de inocentes niños, y los suaves acentos de las flautas de caña que los acompañaban, daban á la fiesta de Navidad un aspecto especial, propio tan solo de ella. Yo me sentia henchido en aquellos momentos de dulce y tierna piedad; y el delicado aroma del incienso, el fresco olor de las yerbas del altar, el júbilo inmenso que brillaba en los semblantes, la respetuosa actitud de todos y el fervor con que dirigian á Dios sus oraciones; todo comunicaba á mi alma un bienestar inefable, y la hacia gozar doblemente con estas pompas de las ceremonias y fiestas cristianas, tan llenas de poesía y de verdad y que tanto conmueven el espíritu.

Cuando, pasada la misa, salimos todos de la iglesia y me reuní á Piedad, anuncié á ésta que inmediatamente nos íbamos á poner en camino para la montaña. Al principio pareció alegrarse en extremo; pero al llegar á casa, y ver que iban á acompañarnos mi madre y el señor cura, y sobre todo, al observar el silencio con que se hacian los preparativos de viaje, la cuidada reserva con que hablábamos todos y que procurábamos guardar cerca de ella, se alarmó de tal manera, que temí lo hubiese comprendido todo. Nada nos dijo, sin embargo: permaneció callada, una mortal palidez cubrió su hermoso semblante y á la luz de la luna ví brillar algunas de sus lágrimas. Mi madre, que para irla preparando á las fuertes emociones que quizá iba á recibir, le habia ya dicho que su padre estaba algo enfermo, procuraba consolarla; asegurándole que el médico se hallaba á su lado, y que nosotros llegariamos á tiempo para atenderlo más eficazmente.

Así, alumbrados por la luna de Navidad y guiados por un sacerdote, mis padres, Piedad y yo nos dirigiamos en silencio y con el corazon atribulado, al lecho de un moribundo, quizá á la tumba de un muerto....

XVI.

Amanecia: las nieblas como gasas vaporosas, se mecian sobre los valles á impulsos de la brisa matinal, ó suspendidas de las crestas de la sierra y deslizándose sobre ellas, cubrian por un momento los collados, envolviéndolos en su flotante sudario. La escarcha cubria las piedras, las hojas de los árboles y la yerbecilla del campo; y á lo léjos comenzaba á oirse el canto de los gallos, los ladridos de los perros y el mugido de las vacas: todo despertaba en la montaña, y la naturaleza parecia renacer á una nueva vida. El concierto de la mañana era, como siempre, animado y espléndido; pero ¡ay! ¿quién podia disfrutar de él en aquellos momentos de afliccion y de dolor?

Ví á Piedad, no gozosa y feliz como otra vez, sino con su hermosura marchita por el insomnio y las lágrimas, con sus ojos empañados por el llanto, y con la impaciencia y la pena retratadas en su rostro.

El sol empezaba á disipar las nieblas y á dorar las cimas de los montes, cuando divisamos en el fondo de la pintoresca cañada la alegre casita de D. Braulio: á su vista, un nuevo torrente de lágrimas brotó de los ojos de Piedad y nuevos sollozos ahogaron las quejas en su garganta.

—Consuélate —le dije— ya vamos á llegar. El médico está aquí desde ayer, y á estas horas tu papá debe estar muy aliviado.

—No te aflijas así, niña—le dijo tambien el señor cura.—Dios todo lo puede, y debemos dirigirnos á él siempre, pidiéndole sus mercedes. Y en todo caso, debemos acatar y bendecir su voluntad.

Cuando llegamos, el médico nos dijo:

—Está ahora durmiendo; el reposo le ha faltado desde ayer, hasta hace un momento en que al fin pude conseguir que se durmiera.

Y luego, refiriéndose á Piedad, agregó:

—Esta niña viene mala; á ver el pulso.... —sí, trae calentura.

D. Braulio llamó; y el médico, sin con-

cluir de examinar á la niña, que estaba pálida, acudió al cuarto del enfermo. Luego, volvió.

—Les ha sentido á vdes —nos dijo— quiere que entren, y pregunta por Piedad. Pero sálganse inmediatamente porque necesita de reposo.

Piedad se adelantó á nosotros; y arrojándose en los brazos de su padre, desató el torrente de sus lágrimas. ¡Cuánto nos conmovia y nos hacia sufrir aquella escena!

D. Braulio estaba muy cambiado; en pocos dias habia enflaquecido de un modo notable; su palidez extremada, su debilidad, las huellas de sus sufrimientos, le daban un aspecto tristísimo y lastimoso. El médico le indicó que no hablara una palabra y que evitara agitarse.

—No llores, hija —decia mi madre á Piedad. ¿No ves que eso le puede hacer mal á tu papá? Necesita ahora de tranquilidad: vámonos para afuera.

—¡Ay, Dios mio!.... —se quejaba D. Braulio, herido por el terrible dolor y contestando apénas á las tiernas caricias de su hija.

Apartamos á esta, casi á la fuerza, del lecho del enfermo, porque era preciso dejarle en sosiego, y porque su afliccion podia hacerle mucho mal: cuando la llevamos á su cuarto, por órden del médico, para que éste concluyese de examinarla, la frente de la pobre niña ardia con el fuego de la fiebre, su cuerpo temblaba y en sus miradas ví con espanto esa vaguedad, ese brillo siniestro de los que no se dan ya razon de sí mismos.

—¡Santo Dios! —dijo el médico preparando en la pieza contigua una enérgica bebida,— esta niña se pone grave. ¿Estuvo en la misa del gallo?

—Sí —le respondió mi madre.

—Pues su afliccion ha avivado la calentura que se apoderó de ella al salir de la caliente atmósfera de la iglesia: el frio de la mañana le ha hecho muchísimo daño despues de aquel calor.

—¡Dios mio! ¡el sueño!—exclamé yo fuera de mí al oir estas crueles palabras!

—Todavía puede ser tiempo—dijo con serenidad y con confianza el prudente facultativo.

XVII.

Sucedió lo que el médico temia: el abrasador y envenenado fuego de la fiebre se apoderó de aquel cuerpo delicado, y con la rapidez del rayo produjo en él casi instantáneamente sus destructores y mortales efectos. El delirio vino luego, alarmante, terrible, espantoso; y en un momento se declaró la crísis de que depende muchas veces la salvacion del enfermo. Si el médico acertaba al combatirla y triunfaba de ella, cuando llegara la noche, llegaria tambien á nuestras almas la consoladora esperanza. Entre tanto, mi padre procuró ocultar á D. Braulio la nueva desgracia que pesaba sobre él; si llamaba á Piedad, le distraia con su conversacion y disculpaba su tardanza, inventando cualquier pretexto: el pobre señor se resignaba á esperar diciendo: "Es mejor: así no me verá padecer estos dolores que me matan."

El señor cura, despues de haber prestado á D. Braulio los auxilios espirituales, quiso detenerse aún en la montaña para no regresar al pueblo hasta en la tarde; pero al ver que Piedad seguia muy grave, difirió su marcha para el dia siguiente, pues no quería faltar, como él dijo, en el trance fatal en que la inocente y buena niña pudiera verse. D. Braulio se sintió mejor, entrando poco despues del medio dia en un sueño profundo y tranquilo: el médico no dudó ya de su salvacion.

Pero ¡ay de mí! cuán dolorosos fueron los sufrimientos de mi corazon en aquel dia inolvidable! Durante él ni mi madre ni yo nos apartamos un momento del lecho de Piedad. Hoy que lo recuerdo, no comprendo cómo pude tener ánimo para hacerlo así. Con miradas angustiosas seguiamos los movimientos de la enferma, que en medio de su delirio repetia el nombre de su padre alternado con el mio: su respiracion era agitada; su inmovilidad, á veces, aterradora y funesta.

A la entrada de la noche, los sínto-

mas de una reaccion poderosa que el médico esperaba despues de la aplicacion de enérgicas medicinas, no habian aparecido aún; y si bien la confianza alentaba todavía en nuestros corazones, en aquel momento todo lo creimos perdido. Mi afliccion entónces no conoció límites: sentí algo extraño en mi alma, el olvido de mí mismo; estaba como sofocado, y todo se presentaba á mis ojos anunciándome la más cruel de las desdichas, el más amargo dolor que á la sazon podia sufrir. No supe qué fué de mí aquella noche: despues me dijeron que habia caido en una especie de sopor ó desvanecimiento que me tuvo sin sentido durante muchas horas, y que aumentó el desconsuelo y la angustia de la familia.

Ya á la madrugada pude volver al lado de Piedad: la pobre niña, despues de una hora de reposo en que el señor cura recibió su confesion, habia entrado en un segundo delirio: aquella vez repetia mi nombre con más frecuencia, si bien sus exclamaciones eran tranquilas y lentas.

—¿Lo ves?—decia—no me engañé.... Y tú que creias que íbamos á estar muy contentos esta Noche-Buena!.... ¡Mira á los santos Peregrinos! ¡cuántas luces hay en el altar, qué olor tan agradable! Han quemado mucho incienso. Julio, ¿ya están los caballos? Vámonos ya, porque es muy tarde.

Y luego, despues de un momento de silencio, continuaba con acento cariñoso:

—No te aflijas: ya no pensaré más en el sueño. Mira, como te quiero mucho, no quiero que suceda; me dá miedo.... No, no, Dios mio.... Julio, Julio, ven, no te vayas: siéntate aquí, junto á mí. Eso es: ya no estoy triste.... Pero mi papá no viene. ¿Qué le habrá sucedido? Julio, no te vayas, te lo ruego, no me dejes sola. Avisa á mi papá que ya llegamos. ¡Qué gusto le va á dar!.... ¿No está enfermo, verdad?.... Desde aquí veo la gruta de Betlen; ¡cuánta luz! Y el Niño se sonrie....

Esta escena nos llenaba de dolorosa pesadumbre: sin apartar la vista del médico, seguiamos con ansiedad todos sus movimientos y todas sus miradas, queriendo sorprender en ellas los temores ó las esperanzas que su atenta observacion le inspirara. ¡Ay! ¿para qué recordar aquellas últimas horas, pasadas bajo el mismo techo que habia visto correr los pacíficos años de la niñez de Piedad? ¿Para qué atormentar mi corazon trayendo á la memoria los pormenores de aquellos momentos de amargura, de dolor y de lágrimas?

Al amanecer, el cuerpo de Piedad, semejante á la marchita azucena de la montaña, descansaba sobre almohadones de blanco lino, entre cuatro cirios, cuyas llamas agitaba blandamente el helado viento matinal.

¡Ay de mí! ¿de dónde tuve fuerzas para contemplar tan doloroso cuadro? Si la amaba tanto, si mi vida estaba ya solo en la suya, Dios mio, ¿cómo pude sobrevivir á su muerte?....

XVIII.

La noche de aquel dia fatal me sorprendió en el cuarto mortuorio, inmóbil, con la mirada fija en el pálido rostro de la niña. En sus ojos medio entreabiertos aún y en sus labios que parecian sonreir, habia todavía aquella cándida expresion de inocencia que jamás le habia faltado.

Estaba yo allí con ella, solo, entregado á mi dolor, padeciendo con amargas reflexiones y fúnebres pensamientos. Deseaba morir.

Abrí la ventana: un aire frio, impregnado de los perfumes de la sierra, penetró en la estancia. Yo me sentia arder, y por mi frente corria un sudor helado: apenas tenia fuerzas para sostenerme.

La cariñosa solicitud de mi madre vino á alejarme de aquel lugar; y al dia siguiente, cuando yó desperté, Piedad ya no estaba allí. Sus inocentes y queridos restos descansaban ya en el cementerio de la montaña, lugar sagrado donde pronto las flores rodearian su tumba.

VICTORIANO AGÜEROS.

——:o:——